El otoño permanece en tus manos

El otoño iba a ser solo una estación. Él cambió sus planes



Laura Bellini

El otoño permanece en tus manos

El otoño iba a ser solo una estación. Él cambió sus planes

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384903414

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - A las raíces no les gustan las prisas 12
Capítulo 2 - Límites trazados a lápiz 24
Capítulo 3 - Lo que no se ve bajo tierra 37
Capítulo 4 - El sabor de las cosas que no había planeado 48
Capítulo 5 - El derecho a decir no 60
Capítulo 6 - Antes de que caigan las últimas hojas 70
Capítulo 7 - Las cosas que no se pueden ocultar 82
Capítulo 8 - Entre la atracción y la confianza 93
Capítulo 9 - El riesgo que asumimos juntos 104
Capítulo 10 - Lo que elegimos conscientemente 116
Capítulo 11 - Hacer sitio para otra persona 127
Capítulo 12 - El precio de las decisiones ajenas 139
Capítulo 13 - Los límites de la responsabilidad 150
Capítulo 14 - La verdad dicha en un susurro 161
Capítulo 15 - La verdad que no se puede deshacer 170
Capítulo 16 - La distancia que necesito 182
Capítulo 17 - Lo que permanece cuando nos marchamos 190
Capítulo 18 - El precio de ceder el control 201
Capítulo 19 - Todo lo que nos pertenece 210
Capítulo 20 - El otoño permanece en tus manos 222

INTRO

La primera manzana cayó del árbol justo en el instante en que decidí que no me quedaría allí ni un solo día más de lo estipulado en el contrato.

Golpeó el suelo junto a mi bota y se partió en dos mitades desiguales. Me detuve entre las hileras de viejos manzanos y observé las semillas esparcidas. El aire olía a corteza húmeda, fruta madura y tierra que la lluvia nocturna había convertido en una arcilla oscura y pesada. Detrás de los árboles se extendían las suaves colinas de los alrededores de Sandomierz. La niebla todavía no se había levantado del valle. Era la última semana de septiembre y tenía por delante ocho semanas de trabajo y un billete de avión a Lisboa reservado para el veintiocho de noviembre.

Todo estaba planeado.

Así era como más me gustaban las cosas.

Me agaché junto a las raíces de un manzano, aparté las hojas mojadas con la mano y comprobé el estado del suelo. Las raíces estaban al descubierto y el tronco mostraba señales de una poda descuidada desde hacía años. A unos quince metros, detrás de una verja oxidada, comenzaba el jardín de exhibición del vivero Lis. Al parecer, unos años atrás todavía acudían allí propietarios de casas rurales, paisajistas y personas en busca de inspiración para sus propios jardines. Ahora la hierba invadía los senderos, los parterres habían perdido su forma y una pérgola de madera se inclinaba hacia un estanque seco.

Mi trabajo consistía en devolverle la vida a aquel lugar sin fingir que era posible hacer retroceder el tiempo.

Precisamente por eso había aceptado el encargo.

El teléfono vibró en el bolsillo de mi chaqueta. En la pantalla apareció el nombre de mi amiga.

—No me digas que ya estás trabajando —soltó Iga antes de que pudiera decir una palabra.

—Estoy inspeccionando el terreno.

—Dagna, son las siete de la mañana.

—Las plantas no conocen los horarios de oficina.

—Pero tú deberías conocer el concepto de descanso. Te recuerdo que este viaje tenía que ser tu último trabajo antes de Portugal. Nada de prórrogas, nada de proyectos adicionales y nada de salvar a personas incapaces de poner orden en sus propias vidas.

Sonreí sin poder evitarlo.

Iga me conocía desde hacía quince años. Me había visto levantar mi estudio desde los primeros diseños de balcones hasta jardines cuyos propietarios podían gastar en un solo árbol más de lo que yo ganaba al mes en otra época. También había presenciado mi última ruptura. Había visto cuánto tiempo me había esforzado por convencerme de que construir un futuro con alguien no tenía por qué significar renunciar al mío.

—No pienso salvar a nadie —le aseguré—. Tengo un proyecto, unos honorarios y una fecha de entrega. Después, Lisboa.

—¿Y el propietario?

—Todavía no lo conozco.

—Dicen que es guapo.

—¿De dónde sacas esas informaciones?

—De internet. Hay fotos del vivero. Cuarenta y tantos años, pelo oscuro, tiene pinta de ser un hombre capaz de arreglar un tejado y romperte el corazón.

—Un análisis muy científico.

—Para eso tienes una amiga.

Colgué antes de que pudiera desarrollar su teoría.

A decir verdad, no me interesaba el aspecto de Beniamin Lis. Lo que me interesaba era saber por qué un hombre que dirigía uno de los viveros de árboles más conocidos de la región había permitido que el jardín que era su carta de presentación acabara convertido en una ruina.

Saqué de mi bolso una carpeta con los planos impresos. Mi proyecto contemplaba conservar los manzanos más antiguos, recuperar los senderos de piedra y crear un espacio en el que el jardín de exhibición se fundiera de manera natural con el huerto de frutales. Sin adornos exóticos, sin plantas elegidas únicamente para quedar bien en las fotografías. Quería que quienes entraran allí percibieran el olor de la tierra y de la fruta, no el de una decoración costosa.

Aquel iba a ser mi último proyecto en Polonia antes de empezar a colaborar con un estudio portugués especializado en la restauración de jardines históricos. No estaba huyendo de mi vida. Al menos, eso era lo que me repetía. Solo quería descubrir quién sería si, durante algún tiempo, nadie esperara que me quedase.

Cuando intenté abrir la verja, la bisagra inferior chirrió y se negó a ceder.

—Tiene que levantarla un poco.

Una voz masculina sonó a mi espalda.

Me volví.

Un hombre estaba de pie a unos pasos de distancia, sosteniendo una taza de café en una mano y unas tijeras de podar en la otra. Llevaba una camisa oscura con las mangas remangadas, unos pantalones de trabajo gastados y unas botas cubiertas de barro. Su cabello, salpicado de canas en las sienes, parecía peinado con los dedos en lugar de con un peine. No sonreía, pero había algo atento en su mirada que hizo que no apartara los ojos tan deprisa como solía hacerlo ante los desconocidos.

—¿La verja o los estándares de mantenimiento de las instalaciones? —pregunté.

Durante un instante me observó sin decir nada.

Después dejó la taza sobre un poste de la valla.

—Depende de cuál sea más fácil de arreglar.

Se acercó, levantó la hoja metálica y la abrió con un único movimiento tranquilo. En lugar de pasar delante de mí, se hizo a un lado para dejarme espacio.

—¿Dagna Rataj? —preguntó.

—Y usted debe de ser Beniamin Lis.

—Así es.

Le tendí la mano. Me la estrechó con firmeza, pero sin apretar demasiado. Su mano era áspera, cálida y mostraba las huellas de un trabajo que no podía realizarse detrás de un escritorio. Tenía un pequeño corte en el pulgar, protegido con una tirita. Solo me fijé en él porque, durante un breve instante, contemplé nuestras manos más tiempo del que requería un saludo corriente.

—Ha llegado antes de lo acordado —comentó.

—Quería ver el jardín antes de que empezara a explicarme cómo debería ser.

Arqueó ligeramente las cejas.

—¿Y si tengo mis propias opiniones?

—Me parece perfecto. Lo peor es trabajar con personas que no saben lo que quieren.

—¿Y con las que lo saben demasiado bien?

—Depende de si son capaces de escuchar.

Esta vez sonrió. No fue una sonrisa amplia. Solo lo suficiente para que su rostro perdiera aquella severidad y yo comprendiera por qué Iga se había fijado en las fotografías.

Beniamin recogió la taza y miró mis planos.

—Antes de empezar, hay algo que debe saber. No todos los árboles que ha señalado para conservar podrán quedarse aquí.

Sentí una punzada de irritación que conocía demasiado bien.

—Tomo las decisiones definitivas después de inspeccionar el terreno. Precisamente para eso he venido.

—Lo entiendo. Pero puede que cambie el uso de una parte de la propiedad.

—¿De qué parte estamos hablando?

No respondió enseguida. Miró hacia el edificio del vivero, donde se acababa de encender una luz detrás de unos grandes ventanales. Distinguí la silueta borrosa de una mujer que estaba junto a una mesa. Beniamin también la vio y desvió la mirada.

—Todavía no lo sabemos —dijo—. Quiero que el jardín recupere el valor que tenía antes. Por ahora, es lo único que puedo prometerle.

—Y yo necesito algo más que una promesa.

En lugar de ofenderse, asintió.

—Tiene razón.

Aquellas dos palabras me sorprendieron más que su resistencia anterior. Estaba acostumbrada a propietarios que trataban a la paisajista como a alguien contratado para confirmar sus propias ideas. Él parecía un hombre habituado a tomar decisiones y, sin embargo, no había intentado acallar mis objeciones.

Entramos en el jardín. Beniamin se detuvo junto a uno de los manzanos más antiguos y rompió una ramita seca. A la luz de la mañana pude distinguir pequeñas partículas de tierra incrustadas en los pliegues de la piel de sus manos. Contemplaba el árbol con una atención que no podía confundirse con indiferencia.

—Lo plantó mi padre —dijo—. Hace cuarenta años. Entonces, al otro lado de la valla solo había campos.

—¿Quiere conservarlo?

—Más que a los demás.

Examiné el tronco.

—Entonces empezaremos precisamente por este. Pero sin hacer unas pruebas no puedo prometerle que vayamos a conseguirlo.

—No espero promesas vacías, señora Rataj.

La manera en que pronunció mi apellido, acompañada de aquel tono tranquilo y una cortesía que parecía guardar algo

más, resultó sorprendentemente personal para un hombre al que acababa de conocer. No había hecho nada que sobrepasara los límites de la educación. Y, aun así, tuve la extraña impresión de que aquella conversación no terminaría hablando de árboles.

Desde el edificio llegó el sonido de una puerta al abrirse.

—¡Beniamin! —llamó una mujer—. Tenemos que hablar antes de que llegue el resto.

Vi cómo apretaba la mandíbula durante un instante.

—Ahora voy, Marta.

La mujer me miró a mí y después a los planos desplegados. Su rostro permaneció impasible.

—¿Es esa la paisajista? —preguntó.

—Sí —respondió Beniamin.

—Así que al final vamos a empezar.

No había ningún entusiasmo en su voz.

Beniamin no explicó aquel comentario. Simplemente se inclinó, recogió del suelo una manzana madura y me la ofreció sobre la palma abierta.

—Antes de decidir qué se queda aquí, pruébela. Esta variedad no tiene un aspecto especialmente atractivo, pero posee su propio carácter.

Acepté la fruta. Nuestros dedos se rozaron durante una fracción de segundo, y él no intentó retener mi mano. En la piel de la manzana quedó una marca oscura de tierra.

Le di un mordisco. La pulpa era firme y dulce, con una nota ácida muy marcada.

—Está buena —admití.

—Lo sé.

Sonreí.

—¿La modestia también figura entre sus virtudes?

—No la incluiría entre las cinco primeras.

Me eché a reír antes de poder contenerme.

Beniamin me observó con tal atención que parecía que aquella risa le hubiera revelado algo importante. Después se volvió hacia el edificio, donde lo esperaban una mujer y una conversación que, evidentemente, no quería mantener delante de mí.

Me quedé entre los árboles, con una manzana en la mano, los planos en el bolso y la desagradable certeza de que aquel encargo escondía más incógnitas de las que figuraban en los documentos.

Debería haber empezado por comprobar los límites de la parcela y las condiciones del contrato.

En cambio, observé cómo Beniamin se alejaba por el sendero y me sorprendí pensando en algo completamente distinto.

¿Por qué, después de tantos meses en los que me había esforzado tanto por aprender a no necesitar a nadie, precisamente aquel desconocido había conseguido que deseara volver a oír mi nombre en sus labios?

Capítulo 1 - A las raíces no les gustan las prisas

Durante los veinte minutos siguientes descubrí tres cosas. El jardín estaba en peores condiciones de lo que indicaba la documentación. Alguien había marcado recientemente algunos árboles para talarlos, aunque no parecían enfermos. Y Beniamin Lis tenía, al parecer, la costumbre de tomar las decisiones difíciles en solitario y después presentarlas al mundo como asuntos que no admitían discusión.

El último descubrimiento llegó con su regreso.

Caminaba por el antiguo sendero que conducía a un pequeño pabellón cuando escuché a mi espalda el característico crujido de la grava. Beniamin se detuvo a mi lado. No tenía el aspecto de alguien que acabara de mantener una conversación agradable.

—Tenemos un problema —anunció.

—¿Solo uno? Es una buena noticia. Yo he contado siete.

Miró el plano que sostenía desplegado entre las manos.

—El de la zona que limita con el oeste.

—Sea más preciso.

—No podemos plantar nada allí.

Giré el proyecto hacia él. La parte occidental del jardín constituía el elemento más importante de mi propuesta. Había previsto una franja de plantas perennes, un sendero sensorial y un pequeño espacio educativo donde los visitantes pudieran conocer antiguas variedades de árboles frutales. Sin aquella zona, el conjunto perdería su conexión natural con el huerto.

—¿Por qué? —pregunté.

—Necesito ese terreno para otros fines.

—¿Cuáles?

Guardó silencio durante un momento.

—Están relacionados con el futuro del vivero.

Doblé el plano muy despacio.

—Señor Lis, acordamos el alcance de los trabajos hace tres semanas. Recibió la documentación del proyecto, hizo dos observaciones menores y aprobó la propuesta. ¿Y ahora me dice que casi un tercio del terreno no está disponible?

—No he dicho que sea para siempre.

—Pero tampoco puede decirme durante cuánto tiempo.

—Todavía no.

Miré a mi alrededor, intentando dominar la irritación. Tenía treinta y nueve años, mi propio estudio y suficiente experiencia para reconocer una situación en la que un cliente intentaba cambiar las reglas una vez iniciado el encargo. No pensaba volver a demostrar mi valía solucionando la indecisión de otra persona.

—En ese caso, suspenderé esa parte de los trabajos hasta recibir una decisión por escrito.

—No podemos permitirnos un retraso.

—Entonces tendrá que decidirse más deprisa.

Me observó durante un largo instante. El viento agitó las hojas de un nogal cercano y dejó caer unas gotas de agua sobre su hombro. Ni siquiera pareció darse cuenta.

—¿Siempre habla así con sus clientes?

—Solo con los que me pagan por diseñar un proyecto y luego no me permiten llevarlo a cabo.

Inesperadamente, soltó una carcajada.

—De acuerdo. Me lo he ganado.

—Esto no es más que el principio de nuestra colaboración. No saque conclusiones precipitadas.

La sonrisa permaneció en su rostro un poco más de lo que esperaba. Después, Beniamin se acercó a la vieja pérgola y apoyó una mano sobre uno de sus postes.

—Me gustaría enseñarle algo.

—Si se trata de otra zona del terreno que no puedo tocar, prefiero enterarme aquí.

—Esta vez es algo que debería salvar.

Me condujo detrás del pabellón, hasta una parte descuidada del jardín, oculta entre hierbas altas. Junto a una pared de ladrillo oscuro crecían viejos rosales, casi completamente ahogados por brotes silvestres y ortigas. Algunas ramas todavía conservaban pequeñas flores de un rosa intenso. Su aroma era delicado, ligeramente especiado.

Me agaché junto al arbusto más cercano.

—Son variedades antiguas —comenté—. Probablemente forman parte de una colección histórica.

—Mi madre las coleccionaba.

Volví la cabeza.

Beniamin contemplaba las rosas de una manera distinta a como observaba el resto de las plantas. Había desaparecido aquella seguridad áspera que lo caracterizaba. Tenía cuarenta y cuatro años y, sin embargo, durante un instante pareció un niño frente a algo que no podía recuperar.

—¿Cuántas había? —pregunté con mayor suavidad.

—Veintiséis variedades. Al menos, esas eran las que figuraban en su cuaderno. Después de su muerte intentamos mantener la colección, pero más adelante nos faltó tiempo.

—¿Conserva ese cuaderno?

—Sí.

—Me gustaría verlo.

Me miró con evidente sorpresa.

—¿De verdad?

—Si tengo que decidir qué salvar, debería saber qué crecía aquí. No todo puede reconstruirse a partir de fotografías.

Beniamin se arrodilló junto al arbusto vecino y apartó una rama con cuidado.

—Esta variedad seguía floreciendo incluso en octubre. Mi madre decía que era obstinada.

—Por lo visto, tenía buen gusto.

—¿Para las plantas?

—Para las cosas que no se rinden ante la primera helada.

Me miró por encima de las ramas. No respondió, pero en sus ojos apareció una mezcla de diversión y algo más que no supe identificar.

Trabajamos durante la siguiente media hora casi sin hablar. Evalué el estado de los arbustos, fotografié los brotes y señalé las plantas que necesitaban cuidados urgentes. Beniamin trajo guantes, tijeras de podar y un recipiente para los restos vegetales. No intentó dirigir mis movimientos. Cuando le preguntaba por la edad de las

plantas o por los cuidados que habían recibido anteriormente, respondía con precisión.

Sin embargo, en uno de los rosales advertí un problema grave.

—Mire esto.

Le mostré los daños en la base de un tallo. La madera estaba podrida y la tierra alrededor de las raíces, demasiado húmeda.

—Si lo dejamos así, perderemos la planta antes del invierno.

—¿Podemos trasplantarla?

—Ahora no, en estas condiciones. Primero tenemos que mejorar el drenaje y comprobar si las raíces están sanas.

—¿Y si no lo están?

—Intentaremos obtener material para reproducirla. Pero no voy a prometerle que funcione.

Beniamin aceptó aquella respuesta sin protestar.

Solo cuando me levanté advertí una larga mancha de tierra en la manga de su camisa. También tenía un arañazo en el antebrazo. Instintivamente llevé la mano al bolsillo para sacar un pañuelo, pero me detuve. No necesitaba que cuidara de él, y yo tampoco tenía ninguna razón para tocarlo.

Aun así, se dio cuenta del gesto.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Las rosas no son especialmente agradecidas con sus propietarios.

Miró el arañazo.

—Estoy acostumbrado.

—Eso no siempre es una virtud.

Durante un momento permanecimos tan cerca que pude percibir el olor de su camisa, impregnada de aire frío y madera. No retrocedió, pero tampoco hizo nada que me obligara a apartarme.

Fui yo quien se alejó primero para recoger la cámara.

Al mediodía llegó el equipo de mantenimiento. Dos trabajadores del vivero debían empezar a despejar los senderos y retirar las ramas muertas. Cuando llegamos a la parte occidental del jardín, vi unas cintas rojas atadas a seis manzanos.

—¿Quién los ha marcado? —pregunté.

El empleado de más edad, el señor Stefan, miró a Beniamin con inseguridad.

—Ayer recibimos instrucciones de preparar esta hilera para la tala.

Sentí que la rabia empezaba a apoderarse de mí.

—¿Por qué motivo?

—Esa es la información que nos dieron.

—¿Quién se la dio?

Stefan vaciló.

—Desde la oficina.

Beniamin se quitó los guantes.

—Por ahora no se tala nada —dijo.

—Pero estaba previsto para el viernes —señaló el trabajador.

—Los planes han cambiado.

Stefan asintió y se alejó con el otro hombre en dirección al pabellón.

Me quedé junto a Beniamin, entre los árboles.

—¿Lo sabía?

—Sabía que se estaba considerando su eliminación.

—¿Considerando? Alguien ya había dado la orden.

—Sin mi autorización definitiva.

—¿Eso significa que en su empresa se puede preparar una tala sin la decisión del propietario?

La impaciencia apareció en su rostro.

—Es más complicado que eso.

—Para los árboles no demasiado. O se quedan o desaparecen.

Me acerqué al primer manzano marcado. Su copa era irregular, pero las ramas parecían sanas. Levanté un fragmento de corteza desprendida, examiné el tronco y tomé una fotografía.

—No veo ninguna razón evidente para eliminarlo —dije—. Necesito una evaluación de un arborista antes de que nadie tome una decisión.

—Tengo mis propios especialistas.

—Estupendo. Entonces les pediré un informe por escrito.

—Dagna...

Era la primera vez que pronunciaba mi nombre sin utilizar un tratamiento formal.

Me volví inmediatamente.

—Dígame.

Suspiró.

—No quiero pelearme con usted por cada árbol.

—Yo tampoco. Pero si mi nombre va a figurar en este proyecto, no permitiré que desaparezcan plantas sanas solo porque estorban en un plan que nadie quiere explicarme.

Durante un instante me miró con dureza. Después se acercó al primer árbol y desató la cinta roja.

Hizo lo mismo con las demás.

No fue un gesto grandioso. No resolvía nuestros problemas. Y, sin embargo, algo cambió cuando comprobé que no solo escuchaba mis argumentos, sino que también era capaz de modificar sus decisiones.

—Se quedan hasta que tengamos el informe técnico —dijo.

—Gracias.

—No me dé las gracias. Sigo pensando que la zona occidental necesita otra solución.

—Y yo sigo pensando que debería explicarme por qué.

Sonrió sin demasiado entusiasmo.

—Es una postura justa.

Por la tarde extendí la documentación sobre una mesa grande del pabellón. Había refrescado. La luz que entraba por los cristales sucios confería al polvo suspendido en el aire un tono casi dorado. Beniamin apareció con dos tazas de té, aunque yo no le había pedido nada.

—Sin azúcar —dijo, dejando una delante de mí.

—¿Cómo lo sabía?

—No lo sabía. Tiene el azúcar al lado.

Me eché a reír.

Examiné las nuevas posibilidades para el trazado del sendero. Si la zona occidental debía permanecer realmente inaccesible, podía trasladar parte de las plantaciones más cerca del pabellón. Sin embargo, eso supondría modificar la composición y realizar movimientos de tierra adicionales.

—Tengo una propuesta —anuncié.

Beniamin se sentó frente a mí.

—La escucho.

—Conservaremos el antiguo huerto como centro del conjunto. La rosaleda será su zona más tranquila. De momento dejaremos fuera de los trabajos la franja occidental, pero no la excluiremos del proyecto. Mantendremos abiertas las opciones hasta que se tome una decisión definitiva.

—¿Cuánto nos costará?

—Económicamente, menos que empezar desde cero. En cuanto a la organización, requerirá más paciencia.

—Y no siempre ando sobrado de ella.

—Me he dado cuenta.

Se inclinó sobre el plano. La manga de su camisa se deslizó hacia arriba, dejando al descubierto una cicatriz cerca de la muñeca.

—¿Y si le dijera que necesito un espacio que sea, ante todo, útil y no bonito?

—Le preguntaría por qué cree que ambas cosas son incompatibles.

Me observó con atención.

—Nadie me había respondido nunca así.

—Tal vez se lo haya preguntado a las personas equivocadas.

Fuera comenzó a llover. Las gotas golpeaban el tejado del pabellón y el aire se llenó de olor a madera húmeda. Beniamin hizo girar un lápiz entre los dedos durante unos instantes y después lo dejó junto a mi plano.

—Hay otra condición —dijo.

Sentí que mi paciencia empezaba realmente a agotarse.

—Soy toda oídos.

—Quiero que el jardín pueda funcionar también cuando usted se marche. Que no sea bonito únicamente durante los tres primeros meses.

—Todos mis proyectos incluyen un plan de mantenimiento.

—No hablo solo del mantenimiento. Me refiero a las personas que trabajarán aquí. Tienen que comprender por qué se ha creado cada cosa y qué valor tiene.

Lo observé con más atención.

—Eso sí tiene sentido.

—¿De verdad?

—No ponga esa cara de sorpresa. Soy capaz de darle la razón.

—Recordaré este momento.

Deslicé una hoja en blanco hacia él.

—Prepararé un programa de dos sesiones de formación para el equipo. Una antes de que comience el invierno y otra después de terminar las principales plantaciones. Pero, a cambio, quiero acceso completo a la documentación y una sola persona responsable de tomar las decisiones.

—Yo.

—Justamente eso era lo que quería evitar.

Soltó una carcajada más sonora que las anteriores.

Por un momento dejó de ser el severo propietario del vivero y el hombre que ocultaba problemas familiares. Era simplemente un hombre cuya risa iluminaba su rostro de una manera peligrosamente atractiva.

Cuando la lluvia amainó, salimos delante del pabellón. Una ligera niebla flotaba sobre el huerto. Beniamin se detuvo junto a los escalones mientras yo guardaba los documentos en el bolso.

—¿Mañana a las ocho? —preguntó.

—A las ocho.

—Y traiga algo más de abrigo. Han anunciado heladas para mañana por la mañana.

—¿Consulta la previsión meteorológica para todos sus colaboradores?

—Solo para los que llegan antes de las siete e intentan abrir una verja estropeada.

Le respondí con una sonrisa que no tenía intención de mostrarle.

Me dirigí hacia el coche. Había dado unos cuantos pasos cuando volví a escuchar su voz.

—¿Dagna?

Me volví.

—¿Sí?

—Me alegro de que haya venido.

No respondí enseguida. Sus palabras no contenían ningún coqueteo, al menos nada evidente. Había gratitud y quizá un poco de alivio. Aun así, sentí que me gustaría volver a escucharlas.

—Dígamelo dentro de ocho semanas —respondí.

Mientras me alejaba en coche, vi por el retrovisor que continuaba de pie delante del pabellón.

Aquella noche me senté ante el escritorio del apartamento que había alquilado en las afueras de Sandomierz y abrí el calendario. Bajo la fecha de mi vuelo a Lisboa aparecía una breve anotación: «Un nuevo comienzo».

Contemplé aquellas tres palabras más tiempo del debido.

Después cerré el ordenador antes de que se me ocurriera escribir alguna pregunta debajo.

Capítulo 2 - Límites trazados a lápiz

A la mañana siguiente, el huerto me recibió con una fina capa de escarcha y el olor del humo que ascendía desde las granjas cercanas. Llegué unos minutos antes de las ocho, equipada con un jersey más grueso, un termo de café y una lista de condiciones de colaboración que había preparado la noche anterior. Consideraba que lo último era lo más importante.

Beniamin me esperaba junto al pabellón. Llevaba una chaqueta oscura y sostenía los planos enrollados que le había enviado la tarde anterior.

—Veo que se ha tomado en serio mi consejo —comentó, mirando mi jersey.

—Únicamente porque la temperatura ha bajado a dos grados.

—Por supuesto.

—¿Y usted ha leído los documentos?

—Dos veces.

Aquello me sorprendió.

Estaba acostumbrada a clientes que firmaban presupuestos sin leerlos y después cuestionaban decisiones descritas en la primera página. Beniamin parecía un hombre exigente, pero no alguien que menospreciara el trabajo ajeno. Era una cualidad mucho más atractiva que su sonrisa, aunque prefería no comparar ambas cosas.

Entramos en una pequeña oficina situada en la parte trasera del pabellón. La habitación estaba amueblada con sencillez: una mesa de madera, estanterías con catálogos de